

sentían era la mejor prenda de confianza en el uno y de obediencia en el otro. Colon le confió el mando y el gobierno durante los largos meses en que sus agotadas fuerzas le condenaban á la inaccion y al descanso, dándole el título de *Adelantado* ó intendente general y subgobernador de las tierras de su dominio. Administrador más severo que su hermano, Bartolomé impuso más respeto, pero también suscitó mayores resistencias.

La perfidia y temeridad del joven Ojeda produjeron guerras de desesperacion entre los indios y la colonia. Habiendo penetrado este aventurero intrépido con algunos jinetes en las partes más lejanas é independientes de la isla, persuadió á un cacique á que le acompañase á su regreso con crecido número de indios, para admirar la grandeza y riquezas de los europeos. Seducido el cacique, siguió á Ojeda, quien, después de algunas jornadas, durante una parada á orillas de un río, abusando de la sencillez del cacique, le hizo contemplar unas esposas de acero pulido, cuyo brillo le deslumbró. Dijo Ojeda que aquellos hierros eran brazaletes con que se adornaban los reyes de España para presentarse á sus súbditos en los días grandes; inspirando en seguida al inocente indio deseo de adornarse con ellas, de montar á caballo y presentarse á los de su tribu con aquel pretendido aparato de los soberanos del antiguo mundo. Pero en cuanto el desgraciado cacique montó á la grupa del astuto Ojeda, y tuvo puestas las esposas, objeto de su infantil vanidad, picaron espuelas los jinetes españoles, atravesaron la isla y le llevaron encadenado á la colonia, donde le mantuvieron con los hierros que inocentemente había deseado.

En vasta insurreccion se alzaron los indios por

•quella perfidia de los extranjeros que al principio consideraran como huéspedes, amigos, bienhechores y hasta dioses. La insurreccion ocasionó venganza por parte de los españoles, que redujeron á los indios á la esclavitud, y que mandaron á España cuatro naves cargadas de víctimas de su avidez para hacer con ellas infame comercio de rebaño humano. Compensando de esta manera con el precio de los esclavos el oro que esperaban recoger como polvo en aquellas comarcas, degeneró desde entonces la guerra en cacería de hombres, secundando á los españoles en aquella inhumana devastacion del país, perros llevados de Europa, á los que amaestraron para aquella caza, y que olfateaban, perseguian y cogian á los indios en los bosques.

LV.

Restablecido al fin Colon de su larga enfermedad, recogió las riendas del gobierno, vióse arrastrado á aquellas guerras encendidas durante su interregno, y después de ser navegante, fué guerrero y pacificador; obtuvo victorias decisivas sobre los indios, sujetóles al yugo que dulcificaba su bondad y su política, y solamente les impuso ligero tributo en oro y frutos de su comarca, más como señal de alianza que de servidumbre. Bajo su mando floreció nuevamente la isla; pero el desgraciado y sencillo cacique Guanacanari, que fué el primero en recibir aquellos huéspedes en su territorio, avergonzado y desesperado por haber sido involuntario cómplice de la esclavitud de su patria, huyó para siempre á

las escarpadas montañas de la isla, y en ellas murió libre por no vivir esclavo bajo las leyes de aquellos que habían abusado de sus virtudes.

Aprovechando los enemigos de Colon su enfermedad y las agitaciones de la isla, trabajaban para perderle en la corte, consiguiendo hacerle sospechoso á D. Fernando. Más entera doña Isabel en su admiracion al grande hombre, le protegía, aunque en vano, con su favor. La corte habia mandado á la Española un magistrado con facultades secretas que le autorizaban á procesar al virey por sus pretendidos crímenes, desposeerle de su autoridad y enviarle á Europa si los crímenes eran verdaderos. Este juez parcial, llamado Aguado, llegó á la Española cuando el virey se encontraba al frente de las tropas en el interior de la isla, ocupado en pacificar y administrar el país. Olvidando Aguado el agradecimiento que debía á Colon, que habia puesto la primera piedra al edificio de su fortuna, sin recoger informes siquiera, declaró culpable á Colon y destituido provisionalmente de su autoridad soberana. Rodeado y aplaudido desde que puso el pié en tierra por los descontentos de la colonia, mandó órden á Colon para que regresase á Isabela, capital de los españoles, y acatase sus poderes. Encontrándose Colon en medio de sus amigos y soldados más fieles, pudo desobedecer los insolentes mandatos de un inferior; pero léjos de esto, inclinóse ante el nombre del Soberano, se entregó desarmado á Aguado, y poniendo en sus manos toda su autoridad, le dejó instruir libremente el odioso proceso que le intentaron sus calumniadores.

Pero en el momento en que parecia eclipsarse su fortuna ante la persecucion, le preparaba un favor de aquellos que mejor podian reconciliarle con la

corte. Un oficial jóven, llamado Miguel Díaz, habiendo muerto en duelo á un compañero suyo, huyó, temiendo el castigo, al paraje más agreste y apartado de la isla. Gobernaba la tribu que poblaba aquellas montañas una india jóven, muy bella, viuda de un cacique. Enamoróse perdidamente del fugitivo español y se casó con él. Amado y coronado Díaz por la jóven, no podia sin embargo olvidar su patria, ni disimular la tristeza que por el alejamiento de sus compatriotas expresaba su rostro. Queriendo su esposa arrancarle el secreto de su melancolia, supo por él que el oro era la pasión de los españoles y que vendrian á morar con él en aquellas comarcas si pudiesen esperar que encontrarían en ellas el precioso metal. Regocijada la india al saber que, á aquel precio, podia conservar al que amaba, le reveló la existencia de minas inagotables ocultas en las montañas. Poseedor del secreto, y seguro ya Díaz de obtener en cambio el perdon, marchó á poner la noticia en conocimiento del virey, quien mandó con Díaz á Bartolomé Colon y una escolta de soldados para comprobar el descubrimiento. En pocos dias llegaron á un valle en el que un rio arrastraba oro entre sus arenas, estando las piedras de su lecho incrustadas con partículas del precioso metal. Colon construyó un fuerte en las inmediaciones, ahondó y ensanchó minas abiertas desde tiempos antiguos, recogió de ellas riquezas inmensas para sus soberanos, y quedó más persuadido que ántes de haber arribado á la fabulosa comarca de Ophir. Díaz, agradecido y fiel á la jóven india, á la que debía perdon, fortuna y felicidad, hizo que el sacerdote católico consagrara su matrimonio y gobernó en paz su tribu.

LVI.

Después de este descubrimiento, obedeciendo Colon sin resistencia los órdenes de Aguado, embarcóse con su paje para España, á donde llegó después de ocho meses de navegacion, más como reo que llevan al castigo, que como conquistador que trae trofeos. Calumnias, incredulidad y acusaciones recibióle en Cádiz; porque España, que esperaba prodigios, no veía llegar de la tierra de sus sueños otra cosa que aventureros desalentados, acusadores y esclavos desnudos. El desgraciado cacique sujeto con las esposas que le puso Ojeda y á quien traía Aguado como trofeo viviente á los Reyes, había muerto en el mar, maldiciendo su confianza en los europeos y su traición.

Adoptando Colon el traje que convenia á su tristeza y mísera situación, marchó á Búrgos, donde se encontraba la corte, vistiendo el hábito de franciscano, ceñida una cuerda, y doblegada la cabeza bajo el peso de los años, de los pesares y de las grandes ideas, y desnudos los piés como genio suplicante que va á pedir perdon por su gloria. Solamente doña Isabel le recibió con cariñosa simpatía, obstinada en creer en su virtud y servicios. Aquel favor constante, aunque velado, de la Reina, sostuvo al almirante contra la difamacion y denuestos de los cortesanos. Propuso nuevos viajes y descubrimientos más vastos, y al fin consintieron en confiarle naves; pero hicieronle consumir en sistemáticas dilaciones los pocos años de energía que su avanzada edad permitía á sus fuerzas. Al otorgar la piadosa doña Isabel nuevos títulos y facultades á Colon, im-

puso en favor de los indios condiciones de libertad y humanidad que se adelantaban á las ideas de su siglo. El corazón de la mujer proscribía por instinto la esclavitud que la religion y la filosofía no condenarian hasta cuatro siglos después.

Justificado al fin Colon, pudo embarcarse y poner rumbo hácia su nueva patria; pero el odio y la envidia le persiguieron hasta en la misma nave en que debía enarbolar su insignia de almirante del Océano. Breviesca, tesorero de Fonseca, Patriarca de las Indias, y enemigo de Colon, le colmó de denuestos en el momento de levar anclas; y el almirante, á quien hasta entónces habían contenido la fuerza interior, la paciencia y el convencimiento de la inmensidad de su mision, dejóse dominar por primera vez por la indignacion. Ante aquella última ignominia de sus enemigos, fué hombre por un instante, y cayendo desde toda la altura de su alma y con toda la fuerza de su brazo, duplicada por la cólera, contra su indigno perseguidor, derribóle sobre cubierta y pisoteóle con desprecio. Este fué el último adios de la envidia de Europa á aquel que le parecia demasiado grande ó demasiado glorioso para mortal. La repentina venganza del almirante dejó nuevo resentimiento en el corazón de Fonseca y proporcionó á sus enemigos otra acusacion que explotar; pero levantándose viento, lo alejó de las playas y envidia de su patria.

LVII.

Llegando esta vez por distinto rumbo á la isla de Trinidad, la reconoció, le dió nombre, y doblándola en seguida, costó la verdadera tierra de América,

cerca de la desembocadura del Orinoco. La dulzura del agua del mar, que gustó en aquellos parajes, debiera haberle convencido de que el río que desaguaba en el Océano con caudal suficiente para dulcificar sus olas, no podía venir más que de un continente. Sin comprenderlo así, bajó á aquellas playas sin sospechar siquiera que pertenecían al mundo desconocido. Encontrólas desiertas y silenciosas como tierra que espera dueño, y no contempló de América otra cosa que una columna de humo que se alzaba á lo lejos sobre inmensas selvas, una cabaña abandonada y huellas de piés desnudos sobre la arena de la playa. Por su parte, tampoco hizo otra cosa que dar un paso y pasar una noche bajo la vela que le servía de tienda; pero aquel paso debía haber bastado para dar su nombre al nuevo mundo.

LVIII.

Partióse del golfo de Páris, y, despues de laboriosos reconocimientos en aquellos mares, volvió á las costas de la Española. Sus padecimientos de alma y cuerpo, su prolongada paciencia en España, la ingratitud de sus compatriotas, la frialdad de don Fernando, el odio de sus ministros, las vigiliass durante las travesías y las enfermedades de la edad, habíanle quebrantado más que las olas. Tenía inflamados los ojos por efecto de los insomios y la contemplacion de mapas y el firmamento; y rígidas y doloridas las piernas á causa de la gota, negábanse á sostenerle. Solamente su alma estaba sana, y su genio, penetrando en lo porvenir, le alzaba con el pensamiento sobre las enfermedades y más allá del tiempo. Su hermano Bartolomé, que habia conti-

nuado gobernando la colonia durante su ausencia, fué ahora tambien su consuelo y apoyo, saliendo á recibir al almirante en cuanto los vigías señalaron velas en el mar.

Refirió Bartolomé á su hermano las vicisitudes por que habia pasado la Española durante su ausencia. Apénas habia terminado Colon el reconocimiento y pacificacion del territorio, cuando los excesos de los españoles y las conspiraciones de sus propios tenientes destruyeron la obra de su prudencia y politica. Un superintendente de la colonia, llamado Roldan, hombre popular y astuto, se habia formado partido entre los marineros y aventureros, hez de España arrojada por la madre patria á la colonia. Roldan se habia establecido con sus parciales en la playa opuesta de Santo Domingo, y aliándose contra Bartolomé con los caciques de las tribus vecinas, habia levantado ó arrebatado fortalezas desde las que desafiaba la autoridad de su legitimo jefe. Viendo los indios las disensiones de sus tiranos, se habian aprovechado de ellas para sublevarse y negar el tributo, encontrándose la isla en plena anarquía, debiéndose la conservacion de lo poco que quedaba á la colonia al heroismo y fuerte brazo de Bartolomé. Ojeda habia fletado por su propia cuenta buques en España, y habia venido á cruzar en la costa meridional de la isla, saltando en tierra y uniéndose á Roldan. Este habia hecho despues traicion á Ojeda, poniéndose bajo la autoridad del gobernador.

Durante estas disensiones de la colonia, un jóven español, de extraordinaria belleza, llamado D. Fernando Guevara, habia inspirado violenta pasion á la hija de Anacoana, viuda del cacique que Ojeda quiso llevar á España y murió cautivo en la travesía. Ana-

coana era joven aún y célebre entre los suyos por su maravillosa hermosura, su talento natural é inspiración poética, que la hacía sibilada adorada por sus compatriotas. No obstante las desgracias de su marido, la viuda sentía profunda admiración é inclinación invencible hácia los españoles, siendo asilo de los extranjeros la comarca que gobernaba en compañía de su hermano, dándoles regalada hospitalidad, oro y consuelos en sus desgracias. Sus súbditos, más civilizados que los de las otras tribus, vivían en paz, ricos y felices bajo sus leyes. Roldán, que gobernaba la parte de la isla sometida á la bella Anacoana, se mostró celoso de la permanencia é influencia de Fernando de Gaevara en la corte de la princesa, le prohibió casarse con su hija y le mandó embarcar para España. Reteniendo el amor á Fernando, se negó á obedecer y conspiró contra Roldán; pero sorprendiéndole los soldados de éste en casa de Anacoana, le encadenaron y llevaron á Isabela para ser guzgado allí.

De esta ciudad habia partido una expedición so pretexto de recorrer la isla, expedición que habian recibido en la capital de Anacoana con amistosos obsequios. El pérfido jefe de la expedición, abusando de la confianza y hospitalidad de la reina, habia conseguido de ésta que invitase á treinta caciques del Mediodía de la isla para que asistiesen á las fiestas que preparaba en honor de los españoles; y éstos durante las danzas y festines á que asistían, habian convenido la muerte de su generosa protectora, de su familia, convidados y súbditos, y el incendio del pueblo. Para ejecutar el plan invitaron á Anacoana, á su hijo, y á los caciques y á todo el pueblo para que presenciasen las evoluciones y simulacro de la caballería, y cuando el pueblo se pr-

contraba reunido, desarmado, y por curiosidad en la plaza, lo acuchillaron y pisotearon con los caballos. Rodeando en seguida con una fila de infantes el palacio de Anacoana para impedir que ésta y sus amigos pudiesen salir, incendiaron aquella morada preparada aún para los festines.

Este crimen contra la hospitalidad, la inocencia y la soberanía, contra la belleza y el genio de que la célebre Anacoana era simbolo entre los suyos, habia producido en la isla un horror y trastorno tales, que Colon no podria en mucho tiempo triunfar de ellos, no obstante su bondad y su política. Las llamas de aquel palacio y la sangre de aquella reina, cuya belleza les destumbraba y cuyas poesías nacionales les embriagaban de amor y entusiasmo, se extendieron entre los opresores y los oprimidos. Convirtiéndose la isla en un campo de matanza y cementerio de desgraciados indios. Los españoles, tan fanáticos en su proselitismo como bárbaros en su codicia, preludiaron en la Española los crímenes que poco despues habian de despoblar á Méjico. Aquellas dos razas de hombres se ahogaban al abrazarse (1).

(1) Es indudable que los primeros españoles que colonizaron los territorios que descubrió Colon, cometieron excesos, como los han cometido todos los europeos que han colonizado países salvajes. Pero el autor, frances y poeta, se complace en pintarlos con los colores más recargados y que más pueden empañar las glorias de nuestra patria, glorias que casi ningun escritor frances ha considerado con imparcialidad. Olvidando Lamartine este imperioso deber de todo historiador, atribuye todas las virtudes á los indios; todos los vicios, hasta los más repugnantes, á los españoles, y jamás hace mencion de la perfidia que en mil ocasiones emplearon los primeros, ni de la necesidad de defenderse en que se encontraban los segundos, que tan

LIX.

Mientras estudiaba Colon la manera de separar y pacificar aquellas dos partes de los pobladores de la isla, informado el rey D. Fernando por los enemigos del almirante, atribuya las desgracias de la Española al mismo que se esforzaba en remediarlas. Habiendo pedido Colon á la corte un magistrado de elevada categoría para que impusiese con sus sentencias la autoridad real á sus indisciplinados compañeros, los Reyes mandaron á Bobadilla, hombre integro, pero fanático y de indomable orgullo. La autoridad mal definida con que le investía el decre-

léjos de la patria, recibiendo con suma dificultad escasísimos refuerzos, perdidos en una isla en medio de los mares, contándose uno para cientos, necesitaban emplear recursos extremos y hasta medios violentos para hacerse respetar y temer por los indios. El autor no tiene muy en cuenta la rudeza de aquellos tiempos de larga guerra en España, que había dado á nuestros soldados temple de hierro, ni tampoco que era raza salvaje la que poblaba las posesiones que los españoles querían colonizar. En estas circunstancias, el choque había de ser necesariamente violentísimo, y habían de cometerse grandes excesos, excesos que no excusamos, excesos que deplora todo corazón sensible, pero que, en último caso, dadas la época y ocasión en que se cometieron, más merecen compasión y explicaciones, que los sombríos colores con que los describe Lamartine, dejando que se sobreponga el poeta al historiador para rebajar las glorias españolas.

Dicho esto, que sin duda desde las primeras páginas se habrá dicho á sí mismo el lector, no pondremos comentarios á nada de cuanto en adelante diga el autor del libro que publicamos, cuyo mérito, no obstante algunas apreciaciones ofensivas para nosotros, está universalmente reconocido. — N. del T.

to real, le subordinaba y á la vez le hacía superior á cualquiera otra autoridad. Prevenido contra el almirante, al llegar á la Española intimó con insolencia que compareciese ante él como acusado, y, habiendo mandado traer cadenas, mandó á los soldados las pusieran á su general. Acostumbrados los soldados al respecto y amor de su jefe, venerable á sus ojos por la edad y la gloria, permanecieron inmóviles, cual si les hubiesen mandado cometer un sacrilegio; pero Colon tendió espontáneamente los brazos á los hierros que le mandaba su Rey, dejando le encadenase de piés y manos uno de sus propios criados, verdugo voluntario, vil asalariado de su servidumbre, apellidado Espinosa, cuyo nombre ha conservado Las Casas como tipo de insolencia é ingratitude.

El mismo Colon mandó á sus hermanos Bartolomé y Diego, que se encontraban mandando tropas en el interior, que se sometiesen sin resistencia ni murmuración al juez. Encerrado en el calabozo de la fortaleza de Isabela, sufrió en él durante muchos meses la instrucción de un proceso, en el que todos los insubordinados y todos sus enemigos, convertidos en acusadores y jueces, le cargaron á porfía con las acusaciones más odiosas y absurdas. Hecho objeto de la burla y animadversión públicas, desde el fondo de su prision oía las carcajadas feroces con que sus perseguidores venían á insultarle todas las tardes, esperando á cada instante ver entrar á los verdugos. No se atrevió, sin embargo, Bobadilla á cometer el último crimen, y mandó que fuese expulsado de la isla el almirante y llevado á España para entregarlo á la justicia ó clemencia del Rey. Quedó encargado de su custodia durante la travesía Alonso Vllejo, hombre de recto corazón, que obe-

decía por deber militar, bondadoso y compasivo en su misma obediencia. Al verlo entrar en el calabozo Colon, creyó llegada su última hora, á la que se encontraba preparado por medio de la oracion y la inocencia de toda su vida. Sin embargo, como hombre que era, se turbó al creer cercana la muerte.

—«¿Dónde me lleváis?— exclamó interrogando con la mirada y la palabra al oficial.

—A la nave, en que os vais á embarcar, monseñor,—contestó Villejo.

—¿Embarcarme?—replicó Colon, no creyendo en aquellas palabras que le prometían la vida:—¿no me engañáis, Villejo?

—No, monseñor,—dijo el oficial;—os juro por Dios que esta es la verdad.»

Cargando Colon con el peso de las cadenas, perseguido por los insultos de cobarde populacho, llegó apoyado en Villejo, hasta el barco que debía transportarlo.

En cuanto las naves se hicieron á la mar, Villejo y Andrés Martín, comandantes de la que venía á ser calabozo flotante de su jefe, se acercaron respetuosamente á él, así como toda la tripulacion, y quisieron quitarle las cadenas. Pero Colon, para quien aquellos hierros eran prueba de obediencia á doña Isabel y á la vez testimonio de la iniquidad de los hombres, que si le hacían padecer en el cuerpo, glorificaban su alma, dió gracias á los comandantes y conservó obstinadamente las cadenas.

—«No,—contestó;—los soberanos me han mandado someterme á Bobadilla, y en su nombre me ha cargado éste de hierros. Los llevaré hasta que ellos mismos me los quiten; y despues los conservaré —añadió con amargura recordando sus servicios y su inocencia— como agradecimiento á la recompensa

que conceden los hombres á mis trabajos.»

Reiere su hijo, así como tambien Las Casas, que Colon observó fielmente su promesa; que conservó siempre aquellas cadenas colgadas á su vista en las moradas que habitó, mandando en su testamento que las encerrasen con él en su ataúd: cual si por este medio quisiese apelar á Dios de la justicia ó ingratitud de sus contemporáneos, y presentar al cielo las pruebas materiales de las iniquidades y crueldad de la tierra.

LX.

Pero los odios de partido no cruzan los mares, y el abatimiento, cautividad y cadenas de Colon despertaron la misericordia ó indignacion del pueblo de Cádiz. Cuando vieron á aquel anciano que en otro tiempo habia traído un imperio á su patria, traído él mismo desde aquel imperio como vil criminal, para expiar el servicio con el oprobio, todos los corazones se sublevaron contra Bobadilla. Doña Isabel, que se encontraba entonces en Granada, derramó lágrimas por aquella indignidad, mandó que reemplazasen los hierros con ricos vestidos y los guardianes con escolta de honor. Llamóle á Granada, y al caer á sus piés el almirante, ahogaronle la voz por mucho espacio sollozos de agradecimiento.

El Rey y la Reina no se dignaron siquiera examinar el proceso de aquel grande acusado, á quien absolvían, no solamente el respeto que lo profesaban, sino tambien su virtud propia. Por algun tiempo conservaron al almirante en la corte y enviaron otro gobernador llamado Ovando, para reemplazar á Bobadilla. Ovando poseia las virtudes que hacen al

hombre honrado, pero carecia de la grandeza de alma que le hace generoso. Su carácter todo lo hacia mezquino, hasta el deber, pareciendo en él la honradez parsimonia de naturaleza, siendo por tanto el ménos á propósito para reemplazar á un grande hombre. Mandóle doña Isabel que protegiese á los indios, prohibiéndole venderlos como esclavos, así como tambien remitir á Colon la parte de rentas que le eran debidas por los tratados y los tesoros de que le habia despojado Bobadilla. Una flota de treinta velas llevó al nuevo gobernador á la Española.

Insensible Colon á la vejez, y repuesto ya de las persecuciones, llevaba con impaciencia el descanso y hasta los honores en su patria. Vasco de Gama acababa de descubrir el camino de las Indias por el Cabo de Buena-Esperanza, habiendo asombrado y admirado al mundo el descubrimiento del navegante portugues. Noble rivalidad trabajaba el espíritu de Colon, quien convencido de la redondez del globo, creia llegar á las tierras prolongadas del Este navegando recto al Oriente. Solicitó, pues, del Gobierno de España el mando de otra expedición, y se embarcó en Cádiz el dia 49 de Mayo de 1502: esta fué la última vez. Acompañábanle su hermano Bartolomé y su hijo Fernando, que habia cumplido ya los catorce años. Su flota la formaban cuatro naves pequeñas á propósito para costear y penetrar en las ensenadas y rios que queria explorar. Las tripulaciones no pasaban en conjunto de ciento cincuenta marineros. Aunque Colon frisaba ya en los setenta años, el vigor de su alma resistia el peso de los años, no separándole de su objeto ni sus dolorosas enfermedades ni la perspectiva de la muerte.

«El hombre—decia—es una herramienta que debe romperse en el trabajo en manos de la Providencia

que le emplea para sus designios. Mientras el cuerpo puede, el espíritu debe querer.»

Habia resuelto tocar al paso en la Española para carenar los barcos, y para ello tenía licencia de la corte; y cruzando el Océano con mar tempestuosa, llegó á la vista de la Española, con los palos rotos, rasgadas las velas y sin agua ni víveres. Sus conocimientos marítimos le presagiaban un huracan más terrible que los que acababa de arrostrar, y en vista de ello, mandó una chalupa al gobernador Ovando, pidiéndole permiso para guarecerse en la rada de Isabela. Conociendo por sus pronósticos el peligro del mar por el desencadenamiento de las tempestades, manifestaba en su carta Colon á Ovando que retrasase la partida de la numerosa flota que se aprestaba á salir de la Española para España cargada con los tesoros del nuevo mundo. Ovando negó inflexiblemente á Colon el asilo de un momento que imploraba en los puertos que él mismo descubriera, por lo que se alejó indignado y proscrito, buscando abrigo, lejos del territorio de Ovando, al amparo de las montañas de la isla, esperando allí la tempestad que habia pronosticado al gobernador, tempestad que destruyó toda la flota, sumergió las riquezas que llevaba y costó la vida á mil españoles. Colon sintió sus efectos hasta en la rada, donde se habia abrigado, deploró las desgracias de sus compatriotas, y abandonando aquella inhospitalaria tierra, vió de nuevo la Jamaica y abordó en tierra firme en la bahía de Honduras.

Setenta dias pasó de continua tempestad, arrojado de un cabo á otro y del continente á las islas, en los desconocidos bordes de aquella América cuya conquista le disputaban las tempestades.

En la desembocadura de un rio, á la que dió el

nombre de playa del *Desastre*, perdió un barco y cincuenta hombres que lo tripulaban.

Obstinándose el mar en cerrarle el camino de aquellas Indias que continuamente creía entrever, echó el ancla entre una isla muy hermosa y el continente. Habiéndole visitado los indios, embarcó siete para familiarizarse con su lenguaje y obtener indicios, costeando con ellos una tierra cuyos moradores poseían con abundancia oro y perlas. En los comienzos del año de 1504 remontó el río Veragua y envió á su hermano Bartolomé al frente de sesenta españoles, para que reconociese las aldeas y buscase minas de oro. Bartolomé no encontró otra cosa que salvajes y selvas; en vista de lo cual abandonó el almirante aquel río y penetró en otro, cuyas riberas habitaban indios que prodigaban oro á los marineros á cambio de bagatelas europeas. Creía el almirante haber realizado sus sueños y se encontraba en el colmo de sus reveses; la guerra estalló entre aquel puñado de españoles y la numerosa población ribereña. Bartolomé Colon derribó con su propia mano y se llevó prisionero al cacique más poderoso y temible de los indios; pero éstos á su vez asaltaron é incendiaron durante una noche el caserío que habían construído los españoles en la costa para comerciar con el interior, cayendo ocho españoles atravesados por las flechas, y quedando sepultados bajo las ruinas de sus propias cabañas. Bartolomé Colon reunió los más valerosos y rechazó las hordas al interior de los bosques; pero la sangre derramada acrecentó la antipatía por ambas partes, y multitud de canoas indias atacaron la chalupa de la escuadra que intentaba remontar más adelante el río, inmolando á todos los españoles que la montaban. Durante aquella encarnizada lucha, retenían

á Colon á bordo de las naves enfermedades y achaques de la vejez, no pudiendo hacer otra cosa que guardar prisioneros al cacique y jefes indios de quienes se habían apoderado los españoles. Enterados estos jefes de los estragos que sufría su territorio y del cautiverio de sus mujeres, intentaron evadirse levantando durante una noche oscura la escotilla que cerraba su flotante calabozo; mas el ruido despertó á los marineros, que les rechazaron al encierro y reforzaron la escotilla con una barra de hierro. Cuando á la mañana siguiente la abrieron para llevarles alimento, no encontraron mas que sus cadáveres. En su desesperacion se habían dado muerte unos á otros para libertarse de la esclavitud.

LXI.

Separando las rompientes al almirante de su hermano, que continuaba en tierra con los restos de la expedicion, sólo pudo comunicar con él merced á la intrepidez de un oficial que cruzaba á nado los escollos para llevar y traer noticias que cada vez eran más siniestras. No pudiendo alejarse de los suyos ni abandonarles en sus desastres, la inquietud, las enfermedades, el hambre, la perspectiva de un naufragio sin refugio y sin testigos en aquella tierra tan deseada y tan funesta, luchaban en su pecho con su heroica constancia y su piadosa resignacion á las disposiciones de Dios, del que se sentía enviado y víctima. Durante sus insomnios, describía de esta manera el estado de su espíritu:

«Extenuado, me habia adormecido, cuando una voz, con acento de dolor y compasion, me hizo oír

estas palabras:—¡Oh estulto y tardo á creer y á servir á tu Dios, Dios de todos! ¿Qué hizo él más por Moises ó por David su siervo? Desque naciste siempre él tuvo de tí muy gran cargo. Cuando te vido en edad de que él fué contento, maravillosamente hizo sonar tu nombre en la tierra. Las Indias, que son parte del mundo, tan ricas, te las dió por tuyas: tú las repartiste adonde te plugo, y te dió poder para ello. De los atamientos de la mar oceána que estaban cerrados con cadenas tan fuertes, te dió las llaves; y fuiste obedecido en tantas tierras, y de los cristianos cobraste tan honrada fama. ¿Qué hizo el más alto pueblo de Israel cuando le sacó de Egipto? ¿ni por David, que de pastor hizo Rey en Judea? Tórnate á él, y conoce ya tu yerro: su misericordia es infinita: tu vojez no impedirá á toda cosa grande: muchas heredades tiene grandísimas. Abraham pasaba cien años cuando engendró á Isaac, ¿ni Sara era moza? Tú llamas por socorro incierto: responde: ¿quién te ha afligido tanto y tantas veces? ¿Dios ó el mundo? Los privilegios y promesas que da Dios no las quebranta, ni dice despues de haber recibido el servicio que su intencion no era esta, y que se entiendo de otra manera, ni da martirios por dar color á la fuerza: él va al pié de la letra: todo lo que él promete cumple con acerescentamiento. Esto es uso. Dicho dejó lo que tu Criador ha fecho por tí y hace con todos. Ahora, medio muestra el galardón de estos afanes y peligros que has pasado sirviendo á otros (1).—¡Y la voz que me hablaba, me dejaba consolado y fortalecia mi constancia!

(1) Hemos tomado el texto original de las palabras que Colón creyó oír, de la traducción española de la *Historia de Colón y de sus viajes*, del conde Roselli de Lorgues, hecha

LXII.

El cambio de estacion calmó al fin el mar, y los dos hermanos, por tanto tiempo separados, se reunieron en las naves, regresando lentamente á la Española. Al acercarse á la costa zozobró una carabela, no quedando á Colón más que dos barcos viejos para aglomerar las tripulaciones. Abatidos sus compañeros, sin víveres y sin fuerzas, perdidas las anclas, haciendo agua los barcos por todas sus junturas, apollados y con tantos agujeros, dice el mismo Colón, «como un panal de miel;» implacables los vientos y el mar, que le rechazaban de la Española á la Jamaica; en inminente peligro de sumergirse las naves, apenas tuvo tiempo para barar en la arena, en una bahía desconocida, atarlas por medio de cables y tablas que formaban de las dos una sola pieza, levantar en las dos cubiertas reunidas tiendas para las tripulaciones, y esperar, en la espantosa situacion del naufragio, socorros de la Providencia.

Atraídos los indios por el espectáculo del naufragio y moviéndoles á curiosidad la fortaleza que habían levantado los extranjeros en su playa, cambiaron con ellos víveres por objetos sin valor, que adqui-

por don M. Juderías Bender. 2 t. en 4.º, segunda edicion de 1858.

Refiriéndose M. Villamain á este discurso, dice en su *Tableau de la littérature au moyen âge*, t. II, «que es preciso cerrar el siglo xv con las palabras de la vision sublime del almirante, porque nada falta en ellas, ni el genio, ni el entusiasmo ni la desgracia de un grande hombre admirablemente sentida y expresada.—N. del T.

rían precio á sus ojos por la novedad. Pero trascurrieron meses, agotábanse las provisiones, aumentaban los temores acerca del porvenir, y los sediciosos murmullos de las tripulaciones ponían al almirante en penosa ansiedad, siendo su única esperanza de salvación dar aviso de su desastre al gobernador de la Española. Pero separábanle de él cincuenta leguas de mar, y solamente podía poner á flote una canoa de los salvajes. ¿Habría hombre con bastante abnegación por sus hermanos que arriesgase la vida, en un elemento tan vasto y terrible, en un tronco hueco y sin más jarcia que un remo? Diego Mendez, jóven oficial de la escuadra, que en circunstancias extremas habia demostrado ya el olvido de sí mismo, que hace héroes y milagros, se ofreció una noche á la memoria del almirante. Llamóle secretamente al lecho en que le tenia postrado la gota, y le dijo:

—«Hijo mio, de todos cuantos estamos aquí, tú y yo solamente comprendemos el peligro que nos amenaza, cuyo final no puede ser otro que la muerte. Un solo medio queda que intentar; necesario es que uno se exponga á morir para salvar á los demas. ¿Quieres tú serlo?»

Mendez contestó:

—«Muchas veces me he sacrificado por mis hermanos, pero algunos de ellos murmuran diciendo que me elegís siempre que se ha de intentar alguna acción brillante. Proponed mañana á toda la tripulación lo que me ofrecéis, y si ninguno la acepta, yo os obedeceré.»

A la mañana siguiente hizo el almirante lo que Mendez le habia pedido, y toda la tripulación se espantó ante la imposibilidad de aquella travesía inmensa en un pedazo de madera, juguete del viento

y de las olas. Entonces se presentó Mendez y dijo con modestia:

—«Solamente tengo una vida que perder, y dispuesto estoy á sacrificarla en servicio vuestro y por la salvación de todos: me entrego á la protección de Dios.»

Dicho esto, partió, perdiéndose entre las tinieblas y espumas del horizonte, á la vista de los españoles cuya vida llevaba con la suya.

LXIII.

El aislamiento y separación del mundo conocido, el exceso de sufrimiento y la ansiedad del que aguarda casi sin esperanza, levantaron las tripulaciones contra el almirante, á quien atribuían su pérdida, siendo los primeros en murmurar, insultar y capitanear la sedición dos hermanos llamados Diego y Francisco de Porras, á quienes el almirante habia tratado como á hijos y conferido los principales mandos de la escuadra. Aprovechando éstos un recrudescimiento de la enfermedad que tenia clavado en el lecho á Colón, y arrastrando á la mitad de los marineros y soldados, se apoderaron de una parte de los viveres, amotinaron á sus cómplices á los gritos de ¡Castilla! ¡Castilla! y se deshicieron en maldiciones y ultrajes al almirante, quien, desarmado por la enfermedad y no pudiendo hacer otra cosa que levantar las manos al cielo, les rogó en vano volviesen á la senda del deber. Pero los amotinados despreciaron sus lágrimas lo mismo que sus ruegos, echándole en cara su vejez, sus cabellos blancos, sus padecimientos corporales, y llegando á levantar

el hierro sobre su cabeza; pero Bartolomé Colon, empuñando su lanza, se arrojó entre ellos y el almirante, á quien sostenian algunos criados, y secundándole la parte fiel de la tripulacion, salvó la vida y la autoridad de su hermano sobre las naves. Los dos Porras y cincuenta compañeros suyos salieron de los barcos, saquearon la comarca, sublevaron á los indigenas con sus crímenes, trataron inútilmente de construir barcas para arribar á la Española, pereciendo algunos en la tentativa; volvieron á atacar á Colon y á sus compatriotas en los barcos, y venciendo otra vez el intrépido Bartolomé, que mató al jefe y se sometieron al fin al deber, suplicando á Colon perdonase su ingratitud y su rebelion.

Entretanto, dirigiendo la Providencia el débil leño que trasportaba por aquel desierto de agua al mensajero de Colon, arribó, arrojado por el mar cual resto de lejano naufragio, á los escollos de la Española, y guiándole los indigenas á través de la isla, despues de innumerables fatigas y peligros, llegó hasta el gobernador Ovando, á quien entregó el mensaje de Colon, aumentando con su relato la compasion que la posicion desesperada de sus compañeros debía inspirar á compatriotas. Pero bien por incredulidad, bien por lentitud, bien por secreta esperanza de perdicion de un rival demasiado grande para no hacer pesada la gratitud, los españoles de la Española dejaron, con diferentes pretextos, trascurrir dias y meses, mandando al fin, y como á disgusto, un barco ligero, al mando de Escobar, para reconocer la situacion de las carabelas, sin abordar á la costa y sin hablar á las tripulaciones. Este barco apareció y desapareció una noche en alta mar á las miradas de Colon y de sus compañeros, con tanta rapidez y misterio, que los supersticiosos le creyeron

nave fantástica que venia á tentar su credulidad ó á profetizar su muerte.

Ovando se decidió al fin á mandar barcos al almirante que le salvaran de la sedicion, del hambre y de la muerte; y despues de diez y seis meses de naufragio, agobiado por los años, las enfermedades y reveses, pudo ver Colon, por poco tiempo, aquella isla de la que había hecho un imperio y de la que le proscibian la ingratitud y la envidia. Pasó en ella algunos meses, bien recibido aparentemente en casa del Gobernador, pero sin influencia alguna en el gobierno, contemplando á sus enemigos en favor, expulsados ó perseguidos á sus amigos á causa de su fidelidad, y llorando la ruina y esclavitud de aquella tierra que descubrió como jardin del mundo y que volvia á ver como tumba de sus queridos indios. Confiscados sus bienes, dilapidadas sus rentas, incultas ó despobladas sus tierras, le reducian en su vejez y enfermedades á la indigencia. Embarcado al fin, con su hermano, su hijo y algunos criados en un buque que salia para España, una mar implacable le llevó de tempestad en tempestad á Sanlúcar, donde desembarcó el 7 de Noviembre, desde donde le llevaron á Sevilla, extenuado y moribundo de cuerpo, pero invencible de espíritu, inmortal por la voluntad y la esperanza.

LXIV.

El poseedor de tantas islas y continentes no tenia echo que le albergase.

[«Si deseo comer y dormir,—escribia desde Sevilla á su hijo,—necesito llamar á la puerta de una hostería, y frecuentemente no tengo con qué pagar la comida y alojamiento.»

Pero éranle ménos intolerables sus desgracias ó indigencia, que la miseria de los compañeros y servidores que, por medio de tantas esperanzas, habia unido á su fortuna y que ahora le atribuian su desengaño y pobreza. En favor de éstos escribia á los Reyes; pero el ingrato Porras, aquel rebelde vendido que debia la vida á su magnanimidad, le habia precedido en la corte y prevenia contra su bienhechor el ánimo de D. Fernando.

«He servido á vuestras Majestades—escribia Colon á los Reyes—con tanto celo y constancia como podia haber empleado para merecer la bienaventuranza; y si en algo he faltado, ha sido porque mi espíritu ó mis fuerzas no podian hacer más.»

Con razon contaba con el favor de su protectora la reina doña Isabel; pero iba á flaquear este sosten de su causa, porque tambien alcanzaban á ella los infortunios domésticos. La Reina languidecia inconsolable por la muerte de su hija predilecta. Pronto ya á espirar, escribia en su testamento este rasgo de su humildad en el rango supremo y de constancia en su amor por el esposo al que deseaba permanecer unida hasta en la muerte:

«Que sea enterrado mi cuerpo en la Alhambra de Granada, al nivel del suelo, para que puedan hollarlo con los piés; y que una simple piedra diga mi nombre; pero si el Rey, mi señor, elige sepultura en cualquier templo ó punto de nuestros reinos, deseo que mi cuerpo sea exhumado, trasladado y sepultado junto al suyo, á fin de que la union de nuestros cuerpos en la sepultura atestigüe y signifique la de nuestros corazones durante nuestra vida, y espero, por la misericordia de Dios, la de nuestras almas en el cielo.»

«¡Ay, hijo mio!—escribia Colon á su hijo al saber

la muerte de su bienhechora; — que esto te sirva de lección para lo que habrás de hacer al presente. Que lo primero sea encomendar piadosa y afectuosamente al Señor el alma de la Reina, nuestra soberana. Tan buena y santa fué, que podemos estar seguros de su gloria eterna y de su abrigo en el seno de Dios contra los cuidados y tribulaciones del mundo. La segunda cosa que te recomiendo es que vigiles y trabajes para el servicio del Rey, que es jefe de la cristiandad. Cuando pienses en él, recuerda que cuando padece la cabeza, todos los miembros padecen. Todo el mundo debe rogar por su consuelo y la conservacion de sus dias, pero principalmente nosotros que somos sus servidores.»

Tales eran los sentimientos de gratitud y fidelidad que animaban á Colon hasta cuando se encontraba en el colmo de sus desgracias. Pero la muerte de doña Isabel no arrastraba solamente su fortuna, sino que tambien su vida. Reteniéndole en Sevilla la extrema pobreza en que se encontraba, y á la par sus enfermedades, que iban en aumento, no tenia otros consuelos que los que le prodigaban su hermano Bartolomé y su hijo segundo Fernando. Este, que á la sazón tenia quince años, gozaba de las cualidades graves de la edad madura unidas á las gracias de la adolescencia.

«Amale como á hermano, — escribia Colon á su hijo Diego, que se encontraba entonces en la corte:—no tienes otro, cuando diez hermanos no serian demasiados para tí. Nunca he tenido yo mejores amigos que mis hermanos.»

Despues rogó á Bartolomé que llevase al joven á la corte y lo recomendase á su hijo legítimo Diego, y Bartolomé marchó con Fernando á Segovia, don-

de la corte residia á la sazón. En vano procuró allí despertar interes y que se hiciese justicia á su hermano, quien permaneci6 en Sevilla, hasta que llegada la primavera march6 tambi6n á Segovia, acompa~andole sus hermanos y sus hijos. Importuna pareci6 su presencia al Rey, y su indigencia era una acusacion contra la corte. Encarg6se á consejos de conciencia el exámen de su conducta y la restitution de sus bienes y privilegios, y estos consejos, sin atreverse á negarle sus derechos, agotaban su paciencia con dilaciones y al mismo tiempo agotaban su vida; aumeatando sus padecimientos corporales las inquietudes de su espíritu, previendo la desnudez en que iba á dejar á sus hermanos y á sus hijos.

«No cree vuestra Majestad conveniente realizar las promesas que recibí de vos mismo y de la Reina, que actualmente está en el cielo,—escribia Colon al Rey desde su lecho de dolor.—Luchar contra vuestra voluntad sería luchar contra el viento. He hecho lo que debia hacer; Dios, que siempre me ha favorecido, hará lo demas segun su divina justicia.»

Sentia que iba á faltarle, no la constancia, sino la vida. Por órden suya habian partido su hermano Bartolomé y su hijo Diego para implorar merced á la reina doña Juana, que regresaba de Flándes á Castilla. Los padecimientos fisicos, la angustia moral, el convencimiento de la abreviacion de sus dias, demasiado cortos ya para que pudiese esperar justicia ántes de su muerte; el triunfo de sus enemigos en la corte, la burla de los cortesanos, la frialdad del Rey, los presentimientos de su última hora, el aislamiento en que le dejaba en una ciudad olvidadiza ó ingrata la ausencia de su hermano y de su hijo los recuerdos de su vida, cuya mitad habia pa-

sado esperando la hora de su gran destino, y la otra mitad deplorando la inutilidad de su genio; sin duda tambien su compasion hácia aquella inocente raza de indios que encontró libres y niños en su jardin de delicias y á los que dejaba esclavos, despojados y profanados en manos de sus opresores; sus hermanos sin apoyo, sus hijos sin herencia; la duda sobre la suerte que tendria su memoria entre los hombres del porvenir, que es la agonía del genio despreciado; todas estas tribulaciones de sus miembros, de su espíritu, de su cuerpo y de su alma, del pasado, del presente y del porvenir, pasaron á la vez ante el anciano abandonado en su cámara de Segovia durante la ausencia de sus hermanos y de sus hijos. Pidi6 á un criado, antiguo y último compa~aero de sus travesías, de sus glorias y miserias, un breviario, regalo del papa Alejandro VI, en el tiempo en que los soberanos le trataban como á soberano, y con temblorosa mano escribi6 su testamento en una página de aquel libro, al que atribuía virtud de consagracion divina.

¡Extraño espectáculo para aquel pobre criado! ¡Aquel anciano abandonado por el universo y tendido en un lecho de indigente en una casa de alquiler de Segovia, disponia en su testamento de mares, hemisferios, islas, continentes, naciones ó imperios! Instituy6 por heredero principal á su hijo legítimo Diego, y faltando éste, le sustituía en derechos su hijo natural Fernando; y si el mismo Fernando moría ántes de tener sucesion, la herencia pasaria á su querido hermano Bartolomé y á sus descendientes.

«Ruego á mis soberanos y á sus sucesores—decía—mantengan siempre mis disposiciones en la distribucion de mis derechos, de mis bienes y de

taís cargos; porque habiendo nacido en Génova, he venido á Castilla á servirles y he descubierto al Oeste la tierra firme, las islas y las Indias... Mi hijo poseerá mi título de almirante de la parte del Océano que está al Oeste de la línea tirada de polo á polo...»

Pasando en seguida al empleo que debía darse á las rentas que le asignaban sus contratos con la reina doña Isabel y con D. Fernando, distribuía con liberalidad y prudencia entre sus hijos y Bartolomé los millones que debía recibir su familia; asignando la cuarta parte á Bartolomé y dos millones anuales á Fernando. Recordaba también á doña Beatriz Enriquez, madre de D. Fernando, con la que no estuvo casado (1), cuyo abandono, durante sus largos años de peregrinación por los mares, le remordía la conciencia. Encargaba á su heredero asignase opulenta pensión á aquella compañera de sus días oscuros, mientras luchaba en Toledo con los rigores de su primera suerte. Parece también que se acusaba de ingratitud ú olvido hácia el objeto de su segundo amor, porque añade al legado que le hacía, estas palabras, que debieron pesar mucho á su moribunda mano:

«Y que esto se cumpla para descargo de mi conciencia, porque este nombre y este recuerdo pesan mucho sobre mi alma.»

Refiriéndose despues á su primera patria, á la que nunca hace olvidar la de adopción, tuvo un recuerdo para la ciudad de Génova, de la que el tiempo había arrancado su casa paterna, pero en la que quedaban algunos parientes lejanos suyos, como esas raíces que quedan en el suelo despues de cortado el tronco.

1) Véase la nota de la página 24.

«Mando á mi hijo Diego—escribía—que mantenga siempre en la ciudad de Génova un miembro de nuestra familia, que residirá continuamente en ella con su esposa, y que le asegure honrosa existencia cual conviene á pariente nuestro. Quiero que esto pariente conserve pié y nacionalidad en aquella ciudad, en calidad de ciudadano, porque allí nací y de allí he venido.

»Que mi hijo—añade con el sentimiento caballeresco de vasallaje y de infeudación de la propia persona al soberano, que era la segunda religión de aquel tiempo,—que mi hijo sirva, en memoria mía, al Rey, á la Reina y á sus sucesores, áun á costa de los bienes y de la vida, puesto que, despues de Dios, ellos son los que me proporcionaron medios para hacer mis descubrimientos.

»Verdad es—dice en seguida con involuntaria amargura, parecida á una queja mal sofocada en su memoria—que desde muy léjos vino á ofrecerles, y que pasó mucho tiempo ántes de que se dignasen creer en el presente que traía á sus Majestades; pero natural era que sucediese así, porque se trataba de un misterio para todo el mundo, y solamente podía inspirar incredulidad. Por esta razón debo yo compartir mi gloria con aquellos soberanos que fueron los primeros en fiar en mí.»

LXV.

En seguida reconcentró Colón todo su pensamiento en Dios, al que había considerado siempre como su verdadero y único soberano; pareciéndole que dependía directamente de aquella Providencia, de la que sentíase, más que otro alguno, ministro é